

CADA LUGAR TIENE SUS SECRETOS

SANCTUARY

SE ALZA SOBRE ELLOS



V.V. JAMES

minotauro

SANCTUARY

V. V. JAMES

minotauro

Título original: *Sanctuary*

© V.V. James, 2019

©Traducción de Simon Saito Navarro, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0817-1

Depósito legal: B. 5.245-2020

Preimpresión: Ediciones del Simio

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

Harper

Nuestras madres estaban bebiendo champán cuando Daniel murió. Sorbían burbujas mientras Beatriz chillaba frente a la casa donde se celebraba la fiesta y a mí me subían a una ambulancia.

Mamá me contó que estaban levantando las copas para brindar por nuestro futuro justo cuando el primer camión de bomberos con las estridentes sirenas puestas pasaba por delante de la casa donde estaban. Celebraban que, a pesar de que nosotros, los hijos, tuviéramos nuestras «diferencias» (y de que ellas también tuvieran las suyas), habíamos salido adelante. Dejábamos atrás los malos momentos, y nuestra amistad y la suya eran ahora más fuertes que nunca.

No eran más que mentiras, mentiras y más mentiras. Y todas ellas lo sabían.

2

Sarah

—Por nuestros hijos, que por fin serán adultos —dice Bridget—. Bueno, los vuestros al menos. Por Harper, por Beatriz y por Daniel. Solo faltan unas semanas para la graduación. Después les espera a todos un largo verano y un futuro brillante.

Nuestra anfitriona aparta su plato y se inclina para rellenarnos las copas.

Digo «rellenarnos». Solo hace cinco minutos que Bridget ha servido el champán, así que las demás apenas hemos empezado. Sin embargo, su copa ya está vacía. Lo mismo que las tres botellas de vino que hay entre los restos de la cena.

A nuestra querida Bridge le gusta beber. Y mañana se quejará de que la poción para la resaca que le prepare no es lo suficientemente fuerte. Pero, bueno, yo solo soy bruja, no hago milagros.

Bueno, excepto aquella vez.

Aquella vez en la que las cuatro nos sentamos alrededor de esta misma mesa una agradable noche de primavera. Corría una brisa salada procedente del estrecho de Long Island. Era una noche muy parecida a esta.

—Por nuestros hijos —digo ahora levantando la copa para dar un sorbo y conjurar los malos recuerdos—. Julia, te felicito por que Bea haya entrado en el programa de ciencias políticas preparatorio para derecho. Y a ti, Abigail, por que Dan haya

conseguido la beca de fútbol. Las dos tenéis unas estrellas en ciernes.

Abigail irradia orgullo maternal. Se le ilumina el rostro con la sola mención de su hijo. Siempre ha sido así.

—Y felicidades a ti, Sarah —dice Julia—. Por Harper...

Julia deja en suspenso la frase, desconcertada. No hay una beca ni unos estudios universitarios esperando a mi hija este otoño. Harper no ha presentado ninguna solicitud. Al fin y al cabo, los hijos de las brujas no suelen ir a la universidad. Comienzan su periodo como aprendices. Sin embargo, por razones que mis amigas conocen perfectamente, Harper tampoco tiene previsto seguir ese camino.

Abigail, a quien las interminables fiestas de la facultad de Yale y las reuniones a las que obliga la práctica deportiva de su hijo, a las que asiste con los hombres de su familia, han convertido en una veterana en situaciones incómodas, se inclina ligeramente.

—Sarah, felicidades por todas las oportunidades que Harper tiene por delante —dice suavemente.

—¡Exacto, eso es lo que quería decir! —exclama Julia afebrándose al cable que le ha echado Abigail—. A nuestros hijos les espera una época llena de emociones.

—Bueno, ahora están de fiesta —dice Bridget. Agita en el aire la botella—. ¿Por qué no hacemos nosotras lo mismo?

Vuelve a rellenar las copas, con tanto ímpetu que el burbujeante champán nos baña los dedos. Todas reímos y nos lameamos las manos pegajosas. Nos miramos unas a otras sonrientes.

Me siento orgullosa de estas mujeres... estas amigas. No siempre ha sido fácil. He tenido que guardar secretos para que la paz perdure. Diría que he hecho mucho más que eso. Pero hemos permanecido unidas a pesar de nuestras «diferencias ocasionales». A pesar de las riñas y las reconciliaciones de nuestros hijos.

Una sombra eclipsa la luz que entra a través de las puertas acristaladas del jardín. Es Cheryl. Siempre que las cuatro nos reunimos en su casa la tenemos rondando. Tal vez Cheryl sea la

mujer de Bridget, pero cuando nos mira, lo que ve no es un aquelarre que se reúne para llevar a cabo sus ejercicios, sino a un grupo de mujeres en el que no entiende por qué no la admitimos.

Cheryl está convencida de que no la aceptamos porque es una mujer religiosa. En parte es verdad... Dios y la brujería rara vez se llevan bien. Sin embargo, la razón principal es que ella no estuvo presente aquella noche.

—¿Qué tal la cena? —pregunta cuando se detiene detrás de Bridget—. Olía genial.

—¿Es que nunca has probado mi *risotto* de marisco? —Bridget se da la vuelta y coge la mano de su mujer. Está a punto de caerse de la silla—. Te he guardado un poco, cariño. Está en la encimera.

—Es demasiado tarde para comer. Ya son más de las once.

La réplica de Bridge se pierde en las estridentes sirenas del camión de bomberos que pasa a toda velocidad por delante de la casa. Luego pasa otro. Después una ambulancia. Unos destellos azules iluminan fugazmente la fachada de la casa cuando los vehículos se adentran en Shore Road.

Cheryl chasquea la lengua con desaprobación.

—Van a despertar a Izzy —protesta.

Cheryl mima a la hija de Bridget tanto como su madre. Izzy no ha ido a la fiesta, en principio porque se encontraba mal y se ha acostado temprano. Yo sospecho que la verdad es mucho más sencilla: no la han invitado o sabe que no será bienvenida.

Izzy vive encerrada en sí misma. Lo pasó mal cuando sus padres se separaron. ¿Y qué pasó cuando la ciudad descubrió que la nueva pareja de su madre era una mujer? Bueno, quizá estemos cerca de Yale, pero Sanctuary no es tan liberal como les gusta pensar a sus habitantes. El hecho de que la mujer en cuestión fuera la directora del instituto de Sanctuary fue el tiro de gracia que anuló las posibilidades de que Izzy se sintiera a gusto en el centro.

Harper solía volver a casa llena de moratones porque se había metido en peleas para defenderla. El problema estuvo

a punto de romper la relación entre Bridget y Cheryl, ya que Cheryl sabía que, si castigaba con excesiva dureza a los chicos que se habían metido con Izzy, la cosa solo empeoraría. Finalmente, y con un poco de «ayuda» mía, los abusones del instituto se aburririeron de ella y buscaron otro objetivo. No obstante, Izzy todavía se sentía más segura dentro de su caparazón.

Cheryl se queda con nosotras y, con dedos nerviosos, coge y vuelve a depositar en la mesa los objetos que hay entre los platos: unas ramitas envueltas en lana roja, una vela, unas figuritas hechas con hilo de plata que no son del todo abstractas ni del todo antropomorfas. Bridget la observa sin alegría. Al otro lado de la mesa, Abigail se inclina hacia delante con toda la elegancia de la esposa de un profesor universitario.

—Debes estar muy ocupada con el final del semestre, Cheryl. Creo que puedo hablar en nombre de todos los padres cuando te digo que te agradecemos mucho todo lo que haces. En la mesa de la cocina me pareció ver una montaña de papeles...

Julia se sonríe ante la transparencia de Abigail, pero nos ha sacado a todas de una situación incómoda... una vez más.

Suena un teléfono dentro de la casa. Cheryl recoge las botellas vacías con cara de mártir y va a contestar.

—Seguramente sea un estudiante que quiere gastarle una broma —dice Bridget poniendo los ojos en blanco—. Tenemos que cambiar el número de teléfono todos los meses. O quizá unos yonquis han intentado entrar otra vez en los laboratorios del instituto. No sé qué piensan que se guarda allí. No se sube la nota a los estudiantes por fabricar metanfetaminas.

Resoplo con la copa entre los labios.

—¡Joder, no! —exclama alguien en el interior de la casa. Aunque cueste creerlo, es Cheryl—. ¿Está seguro? Sí, sí, lo haré. ¡Joder!

Cheryl se sonroja cuando dice «jelines», así que, ¿qué ha pasado? ¿Se ha quemado el instituto? ¿Allí se dirigían los bomberos? Bridget se levanta tambaleándose con la intención de ir a buscar a su mujer.

Sin embargo se ahorra el trance de caminar porque Cheryl regresa corriendo. Yo creía que estaba cabreada, pero es algo peor. Está completamente desolada y se me encoge el corazón cuando la veo.

—Ha habido un accidente —anuncia—. Un incendio. En la fiesta.

¿La fiesta?

Julia, Abigail y yo nos agachamos para coger de debajo de la mesa los bolsos, donde tenemos los móviles. Cuando nos reunimos las cuatro dejamos los teléfonos aparte. Deslizo el dedo por la pantalla y me aparecen mensajes de Harper. Uno detrás de otro. Hay tantos que no puedo leerlos; soy incapaz de seguirlos.

«Lláname mamá —dice uno—. Ha ocurrido algo terrible»

A mi lado, Julia deja salir un gemido ahogado mientras mira el teléfono. Abigail sujeta el suyo con firmeza. En su pantalla no hay notificaciones.

Leo el siguiente mensaje de Harper.

«Me llevan al hospital pero no te preocupes estoy ok»

«No respondéis nadie!!! Le he dicho a la policía que estabais todas en casa de izzy. Van a llamaros allí»

Y al final:

«Se trata de Dan»

Se me hace un nudo en la garganta cuando leo el resto del mensaje, pero Cheryl ya está pronunciando en voz alta unas palabras que yo habría sido incapaz de decir, unas palabras que jamás habría esperado oír por segunda vez en mi vida.

—Se trata de Daniel. —Cheryl evita mirarnos a los ojos—. Ha muerto. Lo siento mucho, Abigail. Está muerto.

3

Maggie

Chicos. Una fiesta. Menores consumiendo alcohol. Una tragedia.

Por desgracia, lo veo más a menudo de lo que me ve a mí mi clase de gimnasia.

Normalmente hay implicado un coche. Una década de ahorros de papá y de mamá en un fondo para la universidad, años preocupados por la media del expediente académico, por los logros deportivos, por las buenas obras realizadas concienzudamente... Todo ello aplastado contra un árbol a ciento noventa kilómetros por hora en un tramo sin iluminación de la autopista.

Sanctuary tiene todo lo que requiere la historia. Había olvidado lo presuntuosa que es esta ciudad. Cuando entro con el coche en una de sus silenciosas calles residenciales, empujo al suelo las cosas que llevo en el asiento de al lado para que nadie las vea. Sanctuary es la clase de lugar que sabe hacerte sentir que no eres lo suficientemente bueno.

Las casas se levantan tan lejos de la calzada que apenas se vislumbran a través de los árboles. Los jardines son tan amplios que no se oye al jardinero del vecino cuando corta el césped. La colección de coches aparcados en todos los caminos de entrada a las propiedades es una exposición digna de ver: un vehículo para cada miembro de la familia y un coche deportivo para los fines de semana.

Yo he nacido y crecido en Hartford, así que cuando me destinaron a Sanctuary recién salida de la Academia de Policía de Connecticut me sentí como si me hubieran enviado al extranjero. La gente habla de un modo diferente, viste de manera diferente... Incluso el aire es diferente. Más salado. Más fresco. Más caro.

Bajo la ventana para dejar entrar ese aire en el coche cuando entro en Shore Road. El sol de la tarde riela en el mar y se refleja en la arena, y tengo que entrecerrar los ojos porque me deslumbra. Un camino lleva hasta el club deportivo y recuerdo que es uno de los sitios favoritos de los jóvenes para pasar el rato. Estos chicos no saben la suerte que tienen.

Pero ahora la tragedia los ha golpeado. Echo un vistazo al expediente que hay en el asiento de al lado. La edad del fallecido eleva automáticamente el caso al nivel estatal. Otros posibles delitos graves y faltas menores incluyen incendio provocado y consumo de drogas y de alcohol por parte de menores.

—Tú pasaste una temporada en Sanctuary, ¿verdad? —me había preguntado mi jefe casi sin mirarme cuando me lanzó el expediente sobre la mesa—. Incendio en una casa donde se celebraba una fiesta. Un chico ha muerto y hay otros heridos, aunque no graves. Envuélvelo bien, ponle un lazo bonito y estarás de vuelta en menos de una semana.

El aire que entra por la ventana ha cambiado; ahora huele a hollín y a humo en vez de a salitre. Delante tengo la casa, Villa Sailaway. El fuego solo ha dejado en pie las paredes; el techo se ha derrumbado, pero, curiosamente, la fachada se mantiene intacta, como si el incendio se hubiera iniciado en el centro y se hubiera extinguido antes de llegar a las paredes.

Un agente uniformado está delimitando el perímetro con cinta de plástico ante la mirada de un compañero. Los vehículos de los servicios de emergencias y los camiones de los bomberos han dejado el suelo convertido en un lodazal, y los zapatos se me hunden en el barro cuando salgo del coche.

El agente que estaba mirando a su compañero corre hacia mí agitando los brazos, hasta que le enseño la placa.

—¿Es usted inspectora? —pregunta con recelo.

¿Es posible que este gilipollas nunca haya visto a una mujer negra inspectora? En ese caso, está perdiéndose unas cuantas series de televisión que están realmente bien.

—¿Inspectora Knight? —grita su compañero mientras hace un nudo a la cinta de plástico. Se acerca a nosotros—. El jefe me pidió que le preparara esto para cuando llegara. Están todos los chicos que estuvieron en la fiesta.

Me entrega una lista de los asistentes a la fiesta y me pongo a temblar cuando veo lo larga que es.

—Estaban casi todos los estudiantes del último curso del instituto de Sanctuary —explica el poli Servicial—. Además de las chicas del instituto privado que hay en las afueras de la ciudad y los chicos de los equipos de fútbol de todo el condado. A juzgar por la mezcla, da la impresión de que fue Dan quien corrió la voz de la fiesta... Era una estrella del deporte y un chaval muy popular.

Hablaba en serio. Al parecer, Dan era Míster Simpatía de Connecticut. Recuerdo la foto sujeta con un clip en la parte superior del informe: una rubia y ondulada mata de pelo y una sonrisa que ni siquiera unos aparatos dentales podrían mejorar. Era un chico que irradiaba jovialidad. En un lugar de Sanctuary hay una madre con el corazón roto en mil pedazos... Aunque sé perfectamente que los corazones de las madres de los malos y de los feos también se rompen.

Algo me acaricia la mejilla antes de caer sobre la lista. Lo aparto con la mano y deja un rastro negro y grasiento en el papel. Es hollín. Unos remolinos de hollín alargados y con un aspecto plumoso surcan el aire como si alguien hubiera liberado una bandada de cuervos.

Villa Sailaway era bonita, antes de que el fuego la carbonizara. En mi informe pone que era una propiedad que se alquilaba para vacaciones y que estaba desocupada cuando se celebró la fiesta. Quizá alguien hizo explotar la instalación eléctrica con un sistema de sonido demasiado potente. O tal vez los chicos fueron descuidados cuando encendían los porros en los

fogones de la cocina. O a lo mejor solo fue el cable pelado de un cargador de móvil.

En cualquier caso, el fuego fue lo primero. Luego la estampida para salir de la casa. Y un chico se cae y se rompe el cuello. Un chico en cuyo cadáver seguramente se encontrará una cantidad de alcohol legendaria.

Por lo tanto: pérdida de la conciencia debido al consumo de estupefacientes. Muerte accidental. Caso cerrado. Quizá los padres interpongan una demanda civil a la empresa que gestiona la propiedad, pero entonces el asunto se enturbiaría. Lo mejor sería que lloraran la pérdida discretamente.

Miro la lista. El primer nombre es el del fallecido. «Daniel Whitman.»

Me sonó cuando lo leí en mi informe. Pero hay un montón de Whitman en Connecticut, y todos afirman ser parientes del poeta. Es posible que algunos lo sean de verdad. Investigué a sus padres y, al parecer, el padre de Daniel es un profesor de Yale con cierta notoriedad que ha puesto su nombre a un par de enfermedades raras.

El segundo nombre de la lista sí que desentierra un recuerdo. «Jacob Bolt.»

—Oiga —digo dirigiéndome al poli Servicial—. Bolt. Cuando me destinaron a este distrito hace seis años, el jefe era Tad Bolt. ¿Son familia?

—Aún es el jefe. Y, sí, Jake es su hijo pequeño. Tiene cuatro.

Intento recordar cómo era el jefe Bolt. «Grande» es la primera palabra que me viene a la cabeza. «Popular» es la segunda. «Rosado» es la tercera. Recibí muchas llamadas estando aquí, pero ninguna pasó a mayores. Siempre sospeché que Sanctuary arreglaba los problemas con los vecinos que quebrantaban la ley mediante advertencias y generosas donaciones a la fundación benéfica de la policía. Menos papeleo, nada de antecedentes penales y todos tan amigos como siempre.

—He puesto a Jacob arriba porque es... era el mejor amigo del fallecido —explica el poli Servicial—. Y esta es la novia de Daniel. O exnovia. No lo tengo muy claro...

Señala el tercer nombre de la lista, «Harper Fenn», que también me resulta familiar. Me sorprende lo mucho que recuerdo. Estuve doce meses destinada en este distrito, hace seis años, y es como si conociera a la mitad de la ciudad. ¿Cómo debe ser vivir aquí?

Harper Fenn tiene que ser la hija de la bruja de Sanctuary. Me pregunto si el extravagante establecimiento de Sarah Fenn seguirá en la plaza. La recuerdo porque las chicas entraban constantemente para pedirle pociones amorosas, amuletos para estimular el crecimiento de las tetas o conjuros que las ayudaran con los estudios. Fenn era bastante laxa en el cumplimiento de la ley, y continuamente tenía que advertirle de que la brujería era un producto exclusivo para mayores de edad, como el alcohol y el tabaco. Ella suspiraba y me prometía que a partir de entonces pediría el documento de identidad a los clientes, luego me preparaba una infusión de hierbas asquerosa. Era una mujer agradable, aunque inepta como bruja, como la mayoría de las brujas que reciben en la calle Principal.

—¡Pero si es la pequeña Maggie Knight!

Un golpe entre los omóplatos está a punto de tirarme al suelo. Una cosa es el entusiasmo, y otra una agresión. Siendo un miembro del cuerpo de la policía, el jefe Bolt debería tener más clara la diferencia.

—Jefe Bolt, me alegra volver a verle, señor.

Una zarpa rolliza me sujeta el hombro mientras su propietario me mira de arriba abajo. Aunque no olvido que le supero en grado, no puedo evitar encogerme ante su mirada examinadora, como si hubiera olvidado sacar brillo a mi medalla de los exploradores. Sus ojos azules brillan con intensidad; es como si su madre los hubiera escogido a conciencia de la caja de botones de una mercería.

—Supongo que te han ascendido porque se te daba muy bien ir a por café, ¿eh, Mags? Sanctuary se alegra de tenerte de vuelta. Voy a contarte lo que vamos a hacer. Nuestra comunidad ha sufrido un duro golpe. Daniel era un buen chico, un chico fantástico. Y respetaba la ley. No podría decirte la

cantidad de veces que lo tuvimos en casa. Jakey lo traía a la guarida cada dos por tres. Estoy orgulloso de que mi hijo tuviera de amigo a un jovencito tan íntegro.

Imagino a Daniel y a «Jakey» en la guarida, consagrados a las diversiones típicas de los chicos de dieciocho años: jugar a videojuegos sangrientos, colocarse y meter mano a sus novias.

—Habrás preguntas que responder, Mags —continúa el jefe Bolt—. Pero el asunto es como sigue: Esa casa necesitaba reparaciones. Es fácil ver dónde empezó el fuego. Y mucho más fácil imaginar que el pánico se apoderó de los chicos. Cualquiera aun estando sobrio como un juez podría sufrir una mala caída. Daniel tuvo mala suerte. Era algo así como un héroe local. Era un *quarterback* excelente. Entrenaba a los niños. No hay ninguna necesidad de echar por tierra la reputación de un muchacho cuando muere. Ni de arrastrar a otros en el camino.

La mano vuelve a estrujarme el hombro para dar énfasis al mensaje. Ted está dándome una advertencia: quiere proteger a su hijo tanto como la reputación del difunto Daniel Whitman. Inmediatamente reviso mi listado de las actividades a las que los chicos dedicaban su tiempo libre y subo al primer puesto las drogas; y es posible que hicieran algo más que meter mano a las chicas. ¿Qué encontrará toxicología en la sangre de Daniel?

No obstante, el jefe tiene razón, ¿no? Lo que Whitman bebiera, fumara o esnifara está lejos de ser un crimen. Fue un accidente absurdo que terminó con la vida de un pobre deportista y probablemente haya traumatizado a la población adolescente de la ciudad. Y el jefe me quiere de vuelta la semana que viene.

—Me parece bien —digo—. Tomaré declaración a los chicos y cerraré el caso cuanto antes.